EL MUNDO DE LOS NIÑOS

EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A. — PROVENZA, 95, BARCELONA

6 C/19 4
00074330

APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona 15 de junio de 1917.
Imprímase.
EL VICARIO GENERAL
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.
Lic. Salvador Carreras, pbro.
SCRIO CANC.

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

EL MUNDO DE LOS NIÑOS

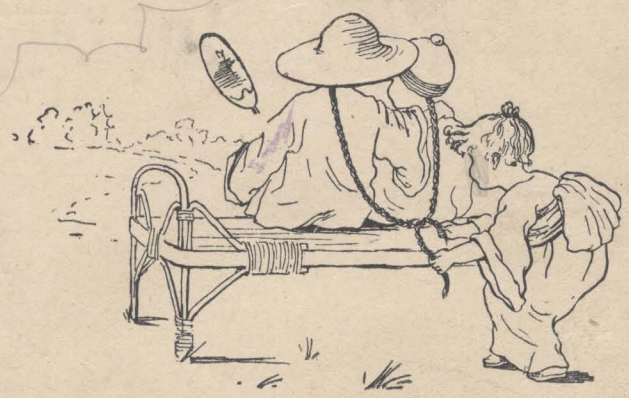
I $1,12-

POR

ROSA C. PETHERICK

Y

KATE J. FRICERO



ILUSTRADO
CON VARIAS LAMINAS EN COLORES
Y EN NEGRO

184X248

RAMÓN SOPENA, Editor.
Provenza, 93 a 97.—BARCELONA
1930

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

DERECHOS RESERVADOS

Ramón Sopena, impresor y editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

En Holanda.

Canales de tortuoso cauce y aguas de color azul turquí, donde flotan barcos de extraña forma entre un enjambre de botes, y alegres casitas sobre cuyos muros de nívea blancura campean rojas techumbres de tejas, que resaltan en contraste con brillantes masas de verdura formadas por el espeso follaje de olmos y de sauces: he ahí las primeras impresiones que se recogen al llegar á Holanda en el verano. En invierno, los canales están helados, y los molinos de viento, que se alzan acá y allá en toda la extensión del horizonte, muestran sus aspas cubiertas de nieve que brilla vivamente reflejando los rayos del sol. En esa estación del año, hasta los niños más delicados atan con un trozo de cuerda los patines á sus zuequitos de madera y se deslizan sobre el hielo, como leves avecillas, mientras sus hermanos y hermanas mayores, provistos de bastidores de lona que usan á modo de velas, cortan el aire con tanta rapidez que parecen volar realmente.

A pesar de la somnolencia inexpresiva de su mirada y de la simplicidad que muestra su semblante, esos arrapiezos coloradotes y pelirrubios que vagan con aires de personas grandes por los numerosos puentes, luciendo sus amplios pantalones y sus extrañas gorras de forma redondeada, son en alto grado intrépidos y arrojados.

Bien pronto se advierte esto al

observarlos en sus recreaciones, porque nada les gusta tanto como jugar á los soldados en las plazas, ó *á la caza del enemigo*, corriendo por las veredas que bordean las orillas de los canales.

El genio de la escarcha es especialmente propicio para los niños holandeses, y los canales suelen permanecer helados durante muchas semanas. El día que «el hielo está en su punto», es un día de gran regocijo, y los chicuelos vendedores de diarios recorren las calles anunciando á gritos el anhelado acontecimiento. Poco después todo el mundo sale de casa á estrenar el hielo: el mandadero patina alegremente llevando sus encargos y la lechera campesina pasa por delante de uno y desaparece con sus tarros á los pocos instantes, como una flecha disparada del lago.

Cuando el frío ha endurecido suficientemente la nieve, comienzan las jiras en trineo, y cada familia dispone de su vehículo especial para el caso.

Durante el verano, los mejores y más importantes sitios de recreo están en los anchos canales. En sus márgenes hormiguea una muchedumbre de niños, que saltan por los puentes y embarcaciones como si fueran pequeñas focas, y un remojón no es cosa que les dé ningún cuidado.

Los botes que hacen el transporte de pasajeros se parecen algo á las góndolas de Venecia; pero á lo largo de ellos se alzan casetas de madera, divididas en dos compartimientos y pintadas de verde esmeralda. Por una anilla puesta en la proa pasa una larga cuerda, con uno de sus extremos sujeto al timón mientras el otro está en la mano del barquero, que monta un paciente caballo. La techumbre de esas casetas está adornada con caparazones de mariscos, y en todo el bote brilla la más inmaculada limpieza.

A lo largo de los costados hay bancos con almohadones, en los que se sientan con tranquila gravedad los muchachos y muchachas, llevando siempre estas últimas alguna labor que hacer para no «perder el tiempo». Cuando se pregunta á alguna de ellas cuánto falta para llegar á la aldea inmediata, la respuesta es, por lo regular, que «falta la mitad de una media»; porque todas las muchachas de Holanda tejen medias, y calculan la distancia recorrida por la labor que han hecho durante ese tiempo.

Su figura causa una impresión de extrañeza, porque tanto los muchachos como las muchachas son copias en miniatura de sus padres. Los pantalones de los niños, en forma de amplias talegas, llevan en la cintura, como adorno, botones de plata de la misma clase que usan los padres. También son de plata los botones de sus ajustadas chaquetas con franjas, y generalmente los de la parte superior son de oro.

saca. Cuando una llega á traer un niño, en algunas partes se acostumbra colgar á la puerta de los afortunados padres una pelota de seda rosa, cubierta con adornos de encaje; y cuando es una niña, se pone, en cambio, una tirita de papel.

En cuanto á la limpieza de las casas holandesas, hay que ver eso para saber qué es. Hasta el establo de las vacas, esmeradamente cubierto de azulejos y á menudo adornado con penachos de plumas de pavo real que se colocan en las vigas, parece un tocador de señorita. Los zuecos de madera que usan los niños holandeses en lugar de zapatos se dejan siempre en la puerta al entrar en la casa; de modo que, si algún forastero se atreviera á entrar con el calzado sucio de barro, antes de dos minutos se le haría sentir la falta cometida y se le reprocharía su descuido.

Los pisos de las casas de campo son de piedra, y por lo tanto son fríos; y para tener los pies calientes los campesinos usan unas cajitas de madera tallada con una multitud de orificios para apoyar en ellas los pies, pues dentro de esas cajas ponen un cacharro lleno de brasas. En invierno, las mujeres llevan esos calentadores á la iglesia, y, ó los ponen en el suelo para calentarse los pies, ó los colocan sobre sus rodillas para poner sobre ellos las manos.

Niña holandesa calentándose los pies.

En el Polo Norte.

No hay nada más bello que la nieve. En los países en que nieva se saluda siempre con exclamaciones de júbilo la primera gran nevada invernal; pero ¿parecería tan hermosa la nieve si se viviera entre ella casi todo el año, como viven los niños de los países situados cerca del Polo Norte?

En las desoladas regiones árticas donde habitan las numerosas tribus de los esquimales, la nieve tiende su blanco sudario sobre todas las cosas, y no sería posible librarse de ella por más esfuerzos que se hiciesen. Allá, hasta las casas, que se llaman *igloos*, se hacen de nieve, y cuando el recién nacido abre sus ojos por primera vez, la impresión que recoge en esa mirada es la que después habrá de ser siempre tan familiar para él como lo es la de los campos cubiertos de verdor para los niños de otros países.

El *igloo* se construye con bloques de nieve cuando ésta está bien endurecida. Los esquimales la cortan en pedazos y colocan éstos en círculo; sobre ellos ponen luego otros de menor tamaño, y repiten esto, estrechando cada vez más los círculos sucesivos, hasta llegar á la última hilada, que se asienta en el centro de la parte superior formando el techo. Para la entrada se deja un agujero tan pequeño que sólo se puede pasar por él á gatas.

En el interior, á causa de lo reducido del espacio y del humo que despiden las lámparas, casi siempre encendidas, la atmósfera de un *igloo* se hace á menudo irrespirable y tan caliente que chicos y grandes tienen que quitarse la ropa al entrar en su casa. En cambio, necesitan abrigarse mucho para conservar el calor cuando salen al aire libre, porque los vientos en las regiones árticas son muy fríos y el termómetro baja tanto que las yemas de los dedos, la punta de la nariz y las orejas se helarían y llegarían á caerse, si no se las protegiera.

Dícese que los niños esquimales recién nacidos son casi tan blancos como los de la raza blanca, pero muy pronto comienzan á descolorarse y acaban por tomar el color amarillo obscuro del marfil viejo. La madre esquimal lame á su hijo en vez de lavarlo, como hacen las gatas con sus crías, y después los ponen en cunas de pieles y los cuelgan con correas del techo de

Una aldea de esquimales.

la choza. Cuando salen de la casa, los llevan á la espalda, envueltos en un pliegue de sus capuchones de piel.

Los niños esquimales usan los mismos vestidos que sus padres: gruesas medias de cuero y dos trajes de piel de reno ó foca, cerrados por delante y por detrás, que se ponen por la cabeza y que cubren todo el cuerpo hasta embutirse en las altas botas que abrigan las piernas. Las niñas y las mujeres usan un mandil en forma de falda encima de su traje exterior y una gruesa capucha de pieles ajustada al cuello. Los esquimales cubren también parte del rostro con piel de foca, y, así protegidos, arrostran el frío sin la menor dificultad.

Sin embargo, no podrían soportarlo si no tomaran también grandes cantidades de alimento para desarrollar calórico. Comen con gran apetito; devoran, puede decirse, casi todo lo que les cae en la mano. La carne cruda ó medio cocida de foca, morsa y oso polar, junto con grandes pedazos de esperma de ballena, forman su principal alimento.

Los niños esquimales toman parte en el trabajo de la familia desde que pueden andar. Aunque no van á la escuela, siempre están estudiando y, por cierto, lecciones bien difíciles. No es tarea fácil, por ejemplo, guiar una pareja de perros, porque las riendas y arreos suelen enredarse al menor descuido, y entonces los animales se espantan y pueden volcar el trineo.

Pero tienen muchas otras habilidades además de la de conducir el original vehículo mencionado; y en todas ellas debe adiestrarse un muchacho esquimal antes de matar y traer á casa la primera foca brava, condición necesaria para que se le considere capaz de tomar esposa. De chico, tiene que contentarse con cazar pájaros, valiéndose de trampas y redes, ó recoger madera, de la que arrastran las corrientes polares, para alimentar el hogar de la choza, ó hacer acopio del liquen especial que se cría en aquellas regiones ó buscar huevos de gaviotas y gansas, sobre todo los últimos, que son muy estimados. Al

cumplir los ocho años, deja esas ocupaciones á los niños más pequeños y aprende á manejar el *kayak*, nombre que dan los esquimales á un bote pescador de rara forma, forrado de pieles y con una cavidad alargada para introducir en ella la mitad del cuerpo. Todo muchacho de once años tiene su *kayak* propio, y cuando llega á los catorce emprende la caza de la foca.

Este es el período más feliz de la vida del joven esquimal, porque sus cacerías lo proveen de focas, en las que encuentra á un tiempo comida y vestido, luz y combustible.

El novel cazador mata, además, lobos y osos polares; á veces sale tan aventajado en este arte, que su padre se siente orgulloso de tal hijo. Si no cuenta con grandes medios de fortuna que le permitan comprar un fusil, fija sólidamente un cuchillo á la punta de un palo fuerte y, así armado, ataca valerosamente al oso, logrando muchas veces darle muerte. También utiliza, como alimento, la carne de los castores y de otros animales.

Las niñas esquimales trabajan ayudando á sus madres en las tareas de la casa, labor tan importante como la que los muchachos puedan hacer. En las tribus que están en comunicación con la raza blanca y se han civilizado en parte, las niñas sobresalen en trabajos de costura y bordados de bonitas figuras, que ellas mismas inventan. Además, se las enseña á gobernar los botes, á remar y también á guiar los trineos.

Casas de nieve.

A pesar de tantas tareas, los niños esquimales disponen de muchísimo tiempo para jugar. A ejemplo de los japoneses, no son quisquillosos ni enojadizos, y rara vez riñen entre ellos. Cuando los miembros de una familia no se avienen á vivir juntos, se separan tomando cada cual el camino que le parece. Los esquimales son honrados y amigos del orden; el viento y las olas constituyen sus únicos enemigos, y procuran vencerlos de la mejor manera posible.

En el Japón.

Si por ventura algún buen genio nos hubiera prometido llevarnos al país de las hadas, y tomándonos en sus brazos nos trasladara al otro lado de los mares dejándonos en el Japón, veríamos allí cosas que, seguramente, no dejarían defraudadas nuestras esperanzas. Fuji, la montaña más bella que han contemplado alguna vez los ojos humanos, alza su cresta de refulgentes cristales, que resalta sobre un cielo de zafiro; y las delicadas viviendas que anidan entre cerezos, ciruelos y damascos, parecen más propias de hadas que de seres humanos. Si nos fuera dado echar una mirada al interior de alguno de los muchos templos consagrados á Buda, tropezarían nuestros ojos con tales maravillas de oro, plata y piedras preciosas, y con tan deliciosas pinturas de dragones, grifos y flores de variados y bellos matices, que no podríamos menos de quedar estupefactos.

En todas partes se nos presentarían grupos de graciosísimas criaturas, de rostro moreno y sonrosado que nos causarían la dulce impresión de estar contemplando tiernas y delicadas flores.

Muchos han llamado al Japón «el paraíso de la infancia»; y tal vez no hay parte alguna del mundo en donde lo pase mejor la gente menuda. Las familias celebran con grandes festejos el nacimiento de un varón, porque en los países orientales, los niños son siempre más estimados que las niñas. Antiguamente solía dejarse en el suelo á las pobres recién nacidas por espacio de tres días para dar á entender que *la mujer pertenece á la tierra y el hombre á los cielos;* pero esa costumbre ha desaparecido hace tiempo.

Tan pronto como el niño cumple el primer mes, se le lleva á uno de los suntuosos templos budistas. Su padre escribe entonces tres nombres en diversos trocitos de papel, que tira al aire. El papel que llega primero al suelo es, según las creencias del país, el elegido por los dioses; y con el nombre que ese papel contiene se designa al niño japonés hasta que llega á los quince años, edad en la cual su padrino le pone otro nombre más. Durante el curso de su vida, el individuo sigue aumentando el número de sus nombres, y después de muerto, los parientes que le sobreviven le dan una denominación más, con la que

le designarán en adelante todos sus sucesores.

En lugar de las espadas de dos filos y de las lujosas vestiduras que los padrinos regalan á los niños, á sus ahijadas les dan una caja de pinturas, símbolo de la belleza, y un par de *hinas*, ó imágenes de arcilla, que son sus juguetes habituales *para todos los días*, y que deben pasar á manos de sus descendientes.

Las niñas reciben nombres poéticos, tomados de plantas y flores: *O Kitu Sau* significa la «señorita Crisantemo» y *O Ine* quiere decir «espiga de arroz tierno». Los japoneses aman las flores de un modo realmente exagerado; y hasta los labriegos más pobres suelen trabajar teniendo al lado un vasito con alguna flor delicada, de color blanco ó carmesí.

En el Japón los niños acostumbran pasar en la calle casi todo el tiempo que les deja libre la escuela, jugando á toda clase de juegos; y las muchachas corretean de aquí para allá con sus *kimonos* (vestido exterior que se usa en todo el país) llevando sujetas á la espalda criaturas casi tan grandes como ellas.

A los muchachos les gustan mucho los simulacros de peleas, y entre sus juegos favoritos merece citarse el de las *banderas*. Un bando las lleva blancas y el otro rojas, saliendo vencedor el que logra apoderarse del mayor número de banderas contrarias.

...escriben de derecha á izquierda.

Si el tiempo está demasiado húmedo para jugar en la calle, los japonesitos juegan en sus casas. Son aficionadísimos al ajedrez, á los enigmas, á los rompecabezas y á toda clase de juegos de naipes. Al muchacho que pierde se le castiga manchándole de tinta la cara; y si es muchacha se le pone en la cabeza un penacho de paja en forma de oreja de algún animal fantástico.

La mayoría de las casas del Japón sólo tienen un piso y están construídas con materiales muy livianos, á fin de aminorar los peligros de los terremotos.

No hay en ellas paredes interiores, las piezas y compartimientos están separados entre sí por basti-

dores empapelados que corren sobre una ranura del piso.

—¿Qué se han hecho los muebles?—preguntó un niño europeo al entrar por primera vez en una casa japonesa.

Parecíale que debían de haberlos trasladado á otra parte, porque el cuarto donde le habían recibido sólo contenía una mesita de brillante laca, sobre la que había varias tacitas translúcidas, como las corolas de la campánula blanca. No había sillas, y por todo adorno veíase un vaso de porcelana con un ramito de cerezo en flor.

A esto se reduce el mobiliario usual de las casas del Japón; y hasta las familias nobles acostumbran sentarse en el suelo y guardan sus tesoros en la bodega ó subterráneo, excepto en ocasiones especiales.

Juegos callejeros.

Las fiestas al aire libre abundan en el Japón, y entre ellas mencionaremos la de las muñecas, festival predilecto de las niñas y por el que suspiran de un año á otro.

Una cosa voy á decir, que es sorprendente: la de que á los niños y niñas del Japón les gusta sobremanera ir á la escuela. A las siete de la mañana, si estuviéramos despiertos, podríamos ver á los escolares japoneses salir de casa apresuradamente para llegar los primeros á presencia de sus maestros, y van tan alegres como á una fiesta. Pero una vez en la escuela, guardan la mayor compostura y se ponen á estudiar con gran ahinco y seriedad. Dejan los juegos y bromas para cuando han terminado las clases, porque se divierten más y mejor á la hora del recreo.

Hasta los niños más pobres aprenden á leer, á escribir y á contar. Cuando se los ve escribir, tal vez se creería que están pintando, porque hacen los trazos con un pincelito, que cada escolar lleva siempre en un pliegue de la manga junto con una pastilla de tinta china y un rollo de papel hecho de hoja de morera. Escriben de derecha á izquierda y no de izquierda á derecha, como hacemos nosotros: las notas se ponen, no al pie, sino en la parte superior de las páginas, y los libros comienzan por donde acaban los nuestros.

Uno de sus juegos favoritos es el de las *banderas*.

También las niñas se instruyen convenientemente en lectura, escritura y cálculo aritmético; además aprenden á tocar el *samisen*, que es una especie de arpa de tres cuerdas, y á hacer ramos de flores. Dedican bastante tiempo á los diversos bailes que se estilan en el país y que se diferencian mucho de los nuestros, porque en Oriente los bailes suelen ser pantomimas ó representaciones mudas de algún hecho histórico.

En el Japón no hay convite en que falten las encantadoras *geishas* que constituyen una clase especial de la población. Muévense las *geishas* con tanta agilidad que parecen volar como brillantes mariposas, luciendo sus *kimonos* profusamente bordados con ricos adornos de color escarlata, y volviendo á todos lados sus lindas y menudas caras, llenas de afeites: y mientras el extranjero invitado á la fiesta se afana por llevar á la boca los extraños manjares que le han servido, valiéndose de dos palillos en lugar de cuchara, las *geishas* se sientan en cuclillas y se ponen á observar al convidado con sus chispeantes ojos rasgados.

En Nueva Zelandia.

No voy á hablar de los niños de las familias blancas establecidas en Nueva Zelandia, sino de los hijos de los maoris, tribu guerrera que habitaba ese magnífico país desde muchos años antes que los ingleses se lo apropiasen.

Los maoris, de los que aun quedan cerca de 43,000 individuos, llegaron á Nueva Zelandia hace novecientos años, dominando á la raza de color obscuro que entonces habitaba el país. Los maoris son gente fornida, de gran musculatura, cabeza bien formada y ojos llenos de fuego é inteligencia. Muéstranse tan adictos al *pakeha*, como llaman al hombre de la raza blanca, que nadie diría que éste los ha conquistado; y así como tienen muchos de los sentimientos propios de los salvajes, también poseen sus virtudes. Alegres y afables, trabajan y ponen gran empeño en aprender, desde el famoso caudillo guerrero de piel pintarrajeada hasta el pillete de seis años, distinguiéndose por su aire de dignidad.

En otros tiempos se enseñaba á los muchachos de la tribu á pelear, tan pronto como podían arrojar una piedra, y todavía las armas

de los maoris pasan de padres á hijos, como sagrada herencia.

Las más usuales eran las mazas y las lanzas, hechas de madera ó pedernal, y nunca conocieron los arcos ni las flechas. Día señalado en la vida de un capitán ó jefe de tribu era aquel en que su hijo podía manejar con tanta destreza como él la *mère*, clava pequeña pero fuerte, hecha de lemanita pulimentada.

Rara vez se practica ahora entre ellos la pintura del cuerpo que se llama tatuaje; cuando cayeron bajo la dominación inglesa, todos los hombres de las diversas tribus y también muchas mujeres estaban adornados en esa forma.

El traje usado por los naturales es sin disputa raro. El de un joven capitán consiste en una simple manta colgada de los hombros ó en una chaqueta de paño, pintada de vivos y variados colores, completado este vestuario con una faja carmesí. Las muchachas, conforme á sus costumbres primitivas, no se inquietan por la cuestión de vestido; echan mano de lo primero que encuentran y se preparan curiosos adornos con dientes de tiburón y caparazones de moluscos, que se cuelgan en el cuello y en la cabeza. Se casan muy jóvenes.

La comida de los maoris ha cambiado mucho desde la época en que se reunían para comer algún prisionero enemigo. Hoy comen de ordinario batatas, tiburón seco, anguila, salmonete y carne de puerco: el maíz remojado es para ellos un manjar exquisito.

En algunas de las ciudades y aldeas han hecho estanques para recoger el agua caliente de los *geysers*, y el gobierno ha construído magníficos balnearios. Tanto á los muchachos como á las muchachas maoris les gusta mucho bañarse en los surtidores calientes y en las fuentes termales, pero si no aciertan á ser buenos nadadores corren gran peligro de ahogarse, porque el terreno se ahonda de pronto en muchos sitios y pueden quedar sepultados en sus profundidades. El procedimiento seguido por los maoris para reanimar á un muchacho medio ahogado se reduce á colgarlo de los pies sobre una fogata humeante: y, por extraño que parezca, este procedimiento da á veces buen resultado. El humo de la leña penetra en la garganta y narices del paciente, que de pronto comienza á toser y estornudar.

Estos surtidores de agua caliente llamados *geysers* tienen muchas propiedades medicinales, y hasta se les atribuye el poder de curarlo todo. Los enfermos medio baldados por el reumatismo, que se bañan dos veces al día, no tardan en quedar libres de su enfermedad; y la ciática desaparece con dichas aguas como al contacto de una varilla mágica. En Whakarewarewa hay un admirable *geyser* que no lanza su chorro de agua sino cuando se ha echado por el orificio unos

Niños de las razas blanca y negra de la Nueva Zelandia.

pedazos de jabón: y los muchachos del país acostumbran divertirse con ese entretenimiento.

Los maoris tienen gran empeño en que sus hijos sean tan instruídos *como los blancos* y los envían puntualmente á la escuela. Los niños se complacen mucho en recibir los elogios de sus maestros y hacen lo que pueden por aprender. Como muchos de sus padres poseen extensos terrenos de cultivo, después de la escuela los muchachos ayudan en las faenas del campo, así como á guardar el ganado lanar en las amplias praderas y á recoger las cosechas. Los que viven al norte de la isla, y especialmente los de los alrededores de Tarawera se distinguen por su agilidad en la caza á lazo del caballo salvaje.

Los jóvenes maoris trabajan artísticamente la madera con labores de talla, y es para ellos una gran diversión labrar figuras y adornarlas en pedazos de arenisca verde.

Las canoas de guerra de los maoris, que podían transportar un centenar de hombres salvando las rompientes más peligrosas, estaban talladas y tenían pinturas é incrustaciones hechas de madera de diferentes clases. Los muchachos ayudaban á sus padres á construirlas, pensando en la época de salir con ellos á «matar enemigos». Las canoas ordinarias son muy livianas y cortan las olas como si fuesen peces voladores. Los jóvenes maoris las manejan de un modo admirable, especialmente en las regatas y deportes análogos, que suelen acompañar con cánticos y danzas. Son excelentes luchadores y tiran al blanco con gran perfección: el Gobierno de Nueva Zelandia les ha provisto de escuelas, y al inculcarles la necesidad de instruirse, espera sacar de ellos gran provecho convirtiéndolos en ciudadanos útiles.

Los niños de la población blanca se parecen á los de los maoris en algunas de sus costumbres, aunque los aventajan en espíritu de independencia y en robustez. Sus modales son sencillos y están exentos de afectación; y, si bien al hablar lo hacen más despacio que los europeos, su acento recuerda el de los habitantes de Londres. Los muchachos juegan al *foot ball* y al *cricket*, y las muchachas al *hockey*, con el mismo placer que los niños ingleses. El *lawn tennis*, los bolos, el polo y el *golf* les son muy familiares; sobresalen también en los sports atléticos, y á caballo se encuentran tan á gusto como á pie.

Enero y febrero son los meses más calurosos del año en Nueva Zelandia; pero el clima, que es delicioso, permite recrearse al aire libre, durante el año entero. Las jiras campestres constituyen una de las diversiones más estimadas; y los jóvenes se unen para alquilar un enorme carruaje en el que recorren hasta veinte millas, dirigiéndose á alguna famosa cascada ó á algún

lugar de hermosas vistas para hacer allí su comida de campo.

Los muchachos de Nueva Zelandia tienen gran pasión por las flores, las cuales no faltan nunca en sus casas. Estas son de madera y de un solo piso; su fachada está cubierta de magníficas enredaderas, y el fatigado extranjero que atraviesa el amplio vestíbulo halla en esas casas la más amistosa acogida. En Inglaterra suele decirse que para saber lo que es la hospitalidad hay que ir á Nueva Zelandia. Los niños del campo tienen que salvar largas distancias para ir á la escuela, y á pesar de esto no dejan de asistir á ella ni un solo día. En la época de las vacaciones, ayudan en las faenas de labranza, y un muchacho de pocos años guía un carro con cuatro caballos tan fácilmente como un hombre de los nuestros. Las muchachas son muy hábiles para preparar el queso y la manteca, pueden enjaezar una cabalgadura y hacer otros trabajos semejantes. Hasta los colonos bien acomodados tropiezan á menudo con dificultades para conseguir sirvientas; y por eso las hijas más jóvenes de la familia hacen los quehaceres domésticos, cuando han concluído sus estudios, portándose con diligencia y laboriosidad. Después de sus tareas, por la tarde, como la cosa más natural, andan á caballo durante tres ó cuatro horas, y al efecto se ponen sus mejores vestidos, que recogen detrás de la montura, y se dirigen á algún punto de la campiña á recrearse, volviendo después á casa á todo galope para reanudar sus labores.

En Grecia y en Turquía.

Desde los tiempos de los antiguos héroes, cuando Grecia era una de las naciones más poderosas del mundo, suenan en el oído de sus habitantes *la voz del mar y la voz de las montañas:* y aun hoy todavía, cuando sus glorias se han desvanecido y Grecia es sencillamente una de las tres penínsulas del Mediterráneo, Atenas, su capital, sigue siendo una ciudad de mágicos ensueños.

Todos los atenienses duermen la siesta, y hasta el sueño del pequeño limpiabotas es mirado con religioso respeto por sus conciudadanos.

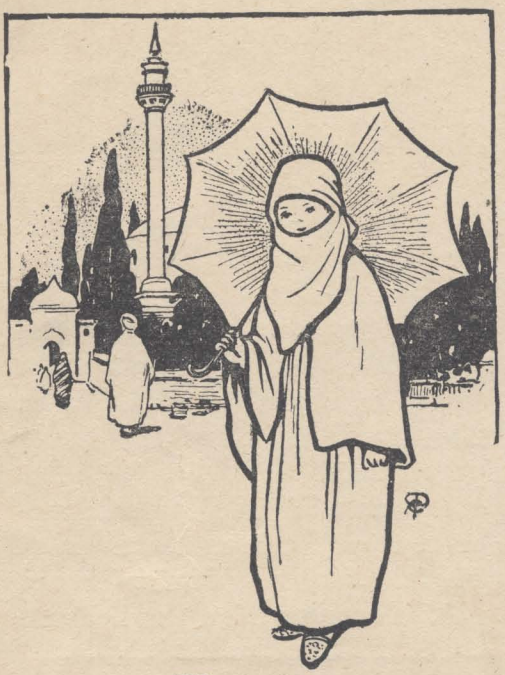
En Grecia se considera un privilegio y no un castigo asistir á la escuela. A los seis años, los niños y las niñas comienzan su instrucción, estudiando las mismas materias. Las muchachas aprenden además á hacer bordados y variados dibujos.

Los griegos aman apasionadamente las flores, y la fiesta de su diosa es una de las más populares del año. En el último día de abril, los niños van á las praderas á recoger delicadas flores, porque todos deben colgar á la puerta de su casa una guirnalda en la mañana del primero de mayo.

Todavía son populares en el país los famosos juegos y luchas de las antiguas edades. Chicos y grandes se deleitan con las funciones teatrales de toda clase; tienen también títeres callejeros, conocidos entre ellos con los nombres de *Phasole* y *Pericles*.

Los natalicios de la gente menuda se celebran en Grecia en el día del santo, cuyo nombre lleva el niño. El traje nacional es brillante

Niños turcos.



Niña turca.

y pintoresco: los muchachos usan pantalones muy anchos, una faja de colores vivos alrededor de la cintura, chaquetas sin mangas, y se cubren la cabeza con un fez de color escarlata. Las niñas llevan faldas guarnecidas con encajes y completan su traje con blusas elegantemente bordadas en oro y plata. En algunos distritos se estilan velos de gasa, que añaden un nuevo encanto á sus rostros naturalmente bellos.

Los niños de Turquía forman notable contraste con los de Grecia. Desde luego son menos robustos, y con frecuencia padecen enfermedades. Nada extraño es esto último, porque los raros alimentos que devoran los pobres son capaces de enfermar á la persona más robusta. Abusan de los dulces, y especialmente del famoso *Rahat Lakum*, que en Europa se conoce con el nombre de *Delicia Turca;* la comen á todas las horas del día, costumbre que contraen desde la más tierna infancia. Aparte de esto, los niños turcos no se distinguen por la limpieza y esmero de sus trajes; usan, como los griegos, anchos pantalones abolsados y jubones gruesos, con la circunstancia agravante de que no se aligeran de ropa durante el juego. Rara vez llevan dentro de casa zapatos y medias.

El traje de las mujeres y de las muchachas crecidas consiste en amplias faldas que parecen pantalones y apretados corpiños que se ponen sobre camisolines de gasa. Su tocado es una especie de gorra redonda y achatada, que tiene por adorno sartas de monedas sobre cintas de terciopelo, con una perla en el centro en algunos casos.

Los recién nacidos tienen una figura tan rara como los pequeños lapones ó esquimales. Al nacer se los envuelve en una sabanita blanca, sobre la que se coloca la *libarda* (paño de abrigo de color rojo hecho de algodón acolchado ó seda), sujetándola con una larga faja, de tal suerte que el conjunto ofrece el aspecto de un paquete de color, en el que se ven brillar dos ojos debajo de una gorra de seda roja. Esta lleva una borla de perlas y además

Niños griegos recogiendo flores para la fiesta del primero de Mayo.

varios amuletos que se suponen ahuyentan á los malos espíritus y libran del mal de ojo. Los niños ricos son puestos al cuidado de una nodriza ó *dadi*, cuya única ocupación es atenderlos. Jamás toman un baño de agua fría, y á lo sumo dos leves refregones con un paño mojado es todo lo que se considera necesario al levantarse; con frecuencia tampoco se cuidan el cabello. Cuando los niños tienen alguna edad y se les permite estar con sus padres, más parecen inmóviles muñecos que muchachos retozones, pues sólo hablan si se les pregunta alguna cosa y permanecen sentados en un rincón del cuarto con las manos cruzadas. Hasta en sus juegos se muestran tranquilos, y sus juguetes son de lo más sencillo.

Lo mismo que otros niños de que hemos hablado ya, los pequeños turcos sólo comen dos veces por día: y su alimento se reduce á pan, queso, dulces y hortalizas de varias clases, á lo que hay que agregar frutas, bastante baratas á causa de su abundancia. También toman á menudo tazas de café puro.

La educación no ha adelantado gran cosa en Turquía, porque hasta hace pocos años apenas si había escuelas primarias.

Los muchachos aprenden las lecciones por rutina, arrodillados en larga fila y moviendo su cuerpo de un lado á otro, mientras canturrean lo que deben aprender. El *hodja*, maestro de escuela, se sienta en el suelo con las rodillas cruzadas, teniendo al lado á su ayudante.

La enseñanza versa principalmente sobre religión, y la disciplina no permite la menor expansión. Si un escolar es desaplicado ó desobediente, se le castiga con azotes ó bien se le hace llevar un grillete de roble sujeto al tobillo. Así debe caminar durante todo el día y á veces vuelve con el grillete á casa, lo cual es una gran desgracia; de modo que, á pesar de todas las delicias turcas, los escolares de ese país no tienen motivo para ser envidiados.

En Italia.

Hay en la literatura italiana una verdadera perla, un libro que es indispensable leer para conocer á los niños italianos: *Corazón*, por el gran escritor Edmundo de Amicis.

En ese libro se ve al niño italiano tal como es: inteligente, vivo, generoso; y se penetra en la vida familiar italiana, sencilla, sobria, afectuosa.

Por antonomasia, los niños italianos, chicos y chicas, son los niños alegres. Pobres ó ricos, bien vestidos ó cubiertos con humildes prendas acomodadas del papá ó de la mamá, siempre están contentos, risueños, listos para jugar á los innumerables juegos que saben, y que casi siempre son ejercicios físicos más ó menos disfrazados de juegos.

La bondad del clima de Italia, que es uno de los países más hermosos del mundo, y la sobriedad de sus habitantes, hace que no sean necesarios, para los niños, ni las habitaciones especiales, ni las ropas costosas, ni la alimentación excesiva de otros países. Por otra parte, los niños de familias ricas son muy democráticos en sus costumbres, casi siempre, y en las escuelas no desdeñan hacerse amigos de los hijos de humildes artesanos.

Durante largo tiempo, á consecuencia de las guerras y de la política, muchos millones de niños italianos no tuvieron escuelas á donde ir á aprender siquiera los primeros rudimentos del saber; pero ahora por todas partes en Italia se ven escuelas, y los padres, por pobres que sean, se esfuerzan por que sus niños estudien y aprendan. En los campos, los maestros mismos

Niñas italianas.

Pastorcillo italiano.

recorren las granjas y las chozas de *los labradores para decirles que manden sus hijos á la escuela*, lo que no les cuesta mucho conseguir.

Las madres prefieren para sus hijas, como en España, la educación doméstica; y como las italianitas son muy inteligentes y muy vivas, desde temprana edad toman á su cargo parte de las labores de la casa, reemplazando muchas veces á su madre con toda perfección. Las niñas italianas, que casi siempre son bonitas, con sus grandes ojos negros y sus cuerpecitos tan esbeltos, usan trajes pintorescos en los campos, y son muy aficionadas al baile y al canto. Todo el mundo sabe que las más famosas bailarinas y cantantes que ha habido en el mundo han sido italianas.

También aprenden las niñas italianas, y lo hacen maravillosamente, á bordar, tejer, coser. Como son muy devotas, suelen hacer lindas cosas en bordados y tejidos para ofrecer á la Virgen ó á los Santos en señal de gratitud. Y á esos trabajos se entregan sin descuidar los menesteres del hogar, porque son en extremo laboriosas.

Las niñas de condición desahogada ó ricas, llevan también una vida muy de hogar, y, cuando pueden hacerlo, los padres prefieren pagar profesores ó institutrices que las enseñen en sus casas.

Se ha dicho que los italianos son artistas desde que nacen; y viendo á los niños de ese lindo país se comprende que eso es verdad. *Todo lo que es hermoso les gusta; pero particularmente la música y la* pintura los entusiasman. En las escuelas, en los momentos de recreo, siempre, aunque estén jugando, se los ve cantando, y muchos niños no dejan pasar un minuto desocupado sin sacar el lápiz y hacer un dibujo, cualquiera que sea.

Son muy aficionados á las fiestas; les gusta mucho el teatro, á donde sus padres los llevan desde chiquitos; pero eso no quiere decir que no tengan espíritu de trabajo. Son en Italia muchos los niños que trabajan para ayudar á sus padres.

En España.

Muy importante puesto ocupan en la familia, cualquiera que sea la categoría social á que pertenezcan los niños españoles.

Lo primero que llama la atención del viajero en España, en lo relativo á los niños, es lo pintoresco de los trajes que visten en algunas regiones. Los niños y las niñas usan trajes iguales á los de sus padres, así es que los unos y las otras parecen verdaderas miniaturas de personas grandes.

Los niños españoles de las clases pudientes, llevan una vida más ó menos parecida á los de otros países de Europa. Muy queridos de sus padres, éstos no se resignan á separarse de ellos sino cuando es indispensable internarlos en algún colegio de los muchos buenos que hay por la severidad de su disciplina y la completa instrucción que proporcionan. Muchos niños son mandados á educarse á ciudades extranjeras donde existen academias y universidades famosas y especiales para la enseñanza de materias científicas.

Los pobres envían sus niños á la escuela, y cuando ya están en edad de trabajar, casi siempre les enseñan el oficio del padre, si son varones, ó las tareas domésticas si son mujercitas.

Las niñas españolas son aficionadas á aprender todo lo que sirva para atender una casa, y desde temprana edad son serias y contraídas á sus obligaciones. En algunas regiones de España es costumbre que las muchachas, cuando se comprometen para casarse, se hagan ellas mismas su ajuar de novia, que los hacen muy lindos, pues son en extremo primorosas para las labores de mano.

Especialmente en Cataluña y Andalucía, en los aislados caseríos y los lugares más apartados de los centros de instrucción y las escuelas, donde las maestras dedican especial cuidado á las labores, es frecuente ver á las niñas entrelazando los palillos con destreza prodigiosa ó mover la aguja con habilidad sorprendente para producir randas que son verdaderos primores de adornos de vestidos y ropa blanca.

Fabricadas por ellas mismas son las toquillas, ó pañuelos de malla en que envuelven sus cabecitas; los chales, ó manteletas de lana con que abrigan sus cuerpecitos de los rigores del frío y las nubes de se-

Un patio de Andalucía.

da ó pelo de cabra que llevan airosamente al cuello para resguardarlo de la intemperie.

Los juegos y los paseos son las distracciones más comunes de los niños y de las niñas españolas. Es frecuente que en las fiestas de carnaval se organicen bailes infantiles, y los chicos y las chicas, que visten trajes muy vistosos y originales, bailan con la misma seriedad que las personas grandes.

Los españoles son, cuando niños, muy aficionados á los juegos callejeros, y les gusta ver militares y vestirse de soldados ó marinos.

En sus juegos, las niñas tienen preferencia por el llamado de la comba, que consiste en saltar sobre una cuerda; los niños van substituyendo sus entretenimientos callejeros por el *foot-ball*, *cricket* y otras diversiones de origen inglés que contribuyen poderosamente á su agilidad y desarrollo.

El día de Reyes es para los niños y las niñas el más feliz del año. Escriben cartitas á los Magos pidiéndoles juguetes y objetos útiles que son recompensa á su aplicación y buena conducta; y los Magos, complacientes y magnánimos, perdonando faltas ligeras, envían sus presentes á los niños y las niñas, por conducto de los padres de éstos, que los recogen de los cestos que previamente han puesto, la noche anterior, sus pequeñuelos, en los balcones de sus suntuosas viviendas ó en el alféizar de la ventana de la humilde casa del obrero.

Tienen una imaginación muy viva, y se deleitan mucho con los cuentos fantásticos, en que aparecen hadas ó genios.

La vida familiar es en España muy intensa. Los niños crecen en el hogar, desde temprano participan de los trabajos ó de los entretenimientos de sus padres, y de ordinario, el hijo ó la hija mayor cuando se casa continúa viviendo en la casa paterna.

Es característica la inteligencia y vivacidad de los niños españoles. Aun cuando están callados, las miradas atentas y vivas de sus ojos,

casi siempre obscuros, demuestran que se interesan en lo que oyen ó en lo que ven.

En los campos, los niños trabajan desde tierna edad. Se ven siempre muchos pastorcitos y pastorcitas, que guardan cabras ú ovejas, y que se entretienen, mientras llega la tarde, las mujercitas, en hacer calceta, siempre entonando alguna canción, y los varones en tocar algún instrumento rústico.

Cuando llegan á aprender un oficio, los españoles, rara vez resultan artesanos torpes ó haraganes.

A las escuelas, que por desgracia no son tan numerosas como debieran serlo, asisten con puntualidad. Son traviesos, pero no son malos; hacen rabiar al maestro, pero le toman cariño, y no es raro ver que, cuando llegan á ser hombres grandes y formados, continúan recordando y queriendo á sus viejos profesores.

Los niños españoles de las clases trabajadoras, son sobrios y como son tenaces para el trabajo, con frecuencia se encuentran muchos que salen de su país, trabajan en el extranjero algún tiempo y hacen fortuna.

Niñas españolas haciendo puntilla y encaje.

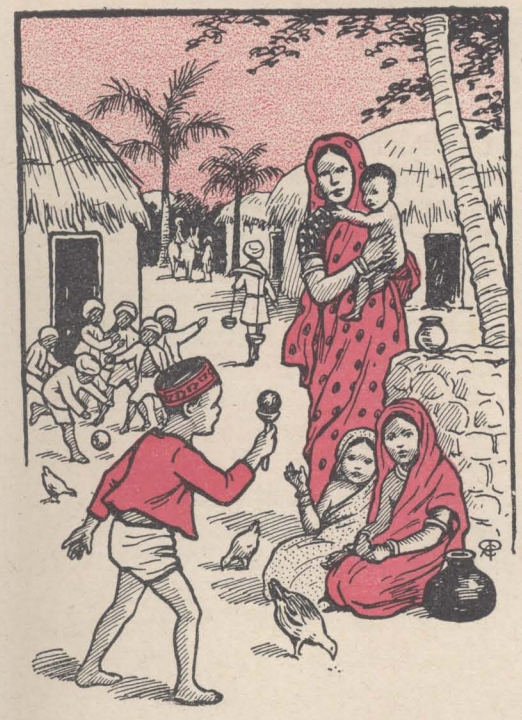
En Francia.

Los niños franceses son muy agradables. Sus graciosos modales y su formalidad característica llaman la atención á todos los extranjeros. La linda señorita parisiense con su espléndido sombrero y su elegante sombrilla, recibe nuestro saludo con amable dignidad y da aviso de nuestra llegada á la mamá, que no está lejos. El niño que está tan arrogante al lado de ella, luciendo su blusa campesina de algodón azul, metidas las manos en los bolsillos de sus amplios pantalones, nos presenta sin más dilación á *le petit*, que con la mayor desenvoltura está tomando el *déjeuner* que lleva en ancha botella, mientras Estefanía, su hermanita, nos dice que espera ganar muchos *centimes* con la fruta de su cesta cuando llegue á la *place*.

Los niños de pecho franceses agradan extraordinariamente por lo simpáticos que son con la dulce mirada de sus ojos garzos y brillantes. Aunque hoy día no se estilan las famosas mantillas de los bebés tan apretadas como en otro tiempo, la forma en que se los abriga les da el aspecto de paquetitos esmeradamente hechos, á tal punto que casi dan tentaciones de llevarlos al correo, cuando después de haberlos arrullado un tiempo se acuerda uno de pronto de que tiene otra cosa que hacer.

El bautismo de un bebé constituye en Francia una solemne ceremonia, principalmente en el campo. Si el recién nacido sale, para ir á la iglesia, de alguna casa solariega ó *château*, se tocan las campanas como en día de gran fiesta; pero, aunque los padres pertenezcan á la clase pobre, no por eso dejan de invitar á sus amigos y de obsequiarlos con un sencillo convite. Detrás de la nodriza que lleva á la criatura á la iglesia para recibir el agua bautismal y poner en su lengua los granitos de sal, sigue un acompañamiento numeroso de parientes y amigos de la familia. Y al terminar el bautismo, el padrino ofrece regalos á su ahijado, á la madre del mismo y á la nodriza, y el resto del día se pasa con gran regocijo.

En muy pocas casas, aun en la clase media y en la principal, hay un departamento especial para los niños. Desde que pueden sentarse á la mesa, y frecuentemente mucho antes de eso, las criaturas viven en compañía de sus padres, siendo co-



Niños indianos jugando.

una niña, y nadie se entera siquiera de su nacimiento.

Una de las deidades más importantes en que creen los indianos es *Shasthi*, la diosa de los niños, y, cuando el recién nacido tiene seis días, sus parientes hacen ofrendas á esa diosa para que le tome bajo su protección. Colocan á su lado pluma y tinta, con oro, plata y otros objetos preciosos, cada uno de los cuales tiene una significación especial. Los padres creen que la divinidad que preside el destino del niño entrará en el cuarto mientras la criatura duerma y escribirá en su frente con signos misteriosos todo lo que debe acaecerle en el curso de su vida. Pocos días después se celebra una ceremonia que gusta mucho á los chicos, porque en ella se les reparten puñados de arroz, dulces y juguetes. Al venir la noche se encaminan todos á la casa del recién nacido y preguntan á gritos por su salud, golpeando la puerta con palos y haciendo el mayor bullicio posible.

Nada notable ocurre con el niño indiano hasta que llega á los seis meses; entonces se le afeita la cabeza y se le pone una lujosa vestidura de seda, haciendo luego que pase de mano en mano en el círculo de los parientes del padre y de la madre, á fin de que todos lo puedan admirar á su sabor. Hecho esto, se da á la criatura con toda solemnidad el primer bocado de arroz, al que siguen numerosos presentes. Luego se le quita la vestidura, y por espacio de algunos años la pobre criatura rueda de un lado á otro sin más abrigo que su piel amarillenta. No tarda en cambiar de color, convirtiéndose en un bultito negruzco que corretea á la luz del sol. Las niñas reciben, cuando son de corta edad, abundantes joyas, y les cuelgan del cuello, de la cintura, de las orejas y de los tobillos dijes de ámbar, de ágata y monedas; pero los muchachos no usan más que un trozo de cuerda atado alrededor de la cintura, del que penden extraños amuletos que, según la creencia de las madres, alejan á los malos espíritus y atraen la buena suerte.

Lo mismo que los niños de los demás países, los de la India tienen gran afición á los juguetes. Pero prefieren los animales de forma extraña, hechos generalmente de madera ó barro cocido y pintados con colores chillones.

Cuando un muchacho indiano cumple los cinco ó seis años comienza á ir á la escuela; y el día feliz que sus padres han escogido para eso, el escolar se pone un traje nuevo y se baña antes de llevar sus ofrendas de frutos y arroz á una de las divinidades que adora, porque desde la infancia se le ha enseñado, como un deber sagrado, á bañarse. Por más miserables que sean las cabañas en que viven, todos los indianos se bañan cuidadosamente una vez por día; y los de algunas castas lo hacen dos veces.

La escuela en la India no se parece en nada á la de los países civilizados. El escolar indiano aprende las letras trazándolas en la arena con una piedra, y hasta que no las ha aprendido y ha regalado á su maestro alguna cosa no pasa á escribir en una hoja de palmera con una pluma. Después de esto usa una pizarra y por último una hoja de papel. La tabla de multiplicar se repite en voz alta con una especie de canturreo hasta que queda grabada en la memoria, y rara vez se toman los niños la molestia de aprender operaciones con los números decimales ó los quebrados.

A los desobedientes y perezosos se les aplican castigos extraños. En algunas escuelas de Bengala se estila un método ingenioso para hacer puntuales á los escolares. El primer muchacho que llega recibe un golpe que el maestro le administra con la férula, el segundo dos y así sucesivamente, de modo que el más rezagado recibe tantos palos como alumnos hay ya en la escuela. Es más penoso de lo que á primera vista parece el castigo de obligar al niño á sostenerse en un pie por largo espacio de tiempo ó con los brazos tendidos en cruz y cargados con un ladrillo; pero el peor de todos los castigos consiste en ponerles á la espalda, que carece de la protección del vestido, hojas espinosas que se les clavan en la carne; y para que no puedan quitárselas se les ata fuertemente las manos. En esta forma se los deja sufrir hasta que el maestro cree que han expiado su falta. Esos castigos no se emplean en las escuelas del Gobierno, que rápidamente van substituyendo á las otras.

Hasta muy tarde no asisten las muchachas indianas á la escuela; pasan los primeros años ayudando á sus madres á arreglar la casa. No

Niños de la India en la escuela.

hay para ellas trabajo de costura ni bordado, porque en la India estas labores las hacen los hombres, y, por otra parte, nadie piensa en enseñarles aritmética.

Cuando cumplen los cinco años *aprenden religión* y van á presentar su ofrenda ó *pujah*. Comienzan por hacer dos pequeñas imágenes de la *diosa Durjah*, y cuando salen á bañarse las dejan en una cama, formada con hojas de manzano silvestre. Al regreso traen consigo las flores más bonitas que han podido hallar y las ofrecen á las imágenes mientras las rocían con agua del río sagrado. Creen agradar con esto á la deidad y sólo después de eso pasan á hacer sus ofrendas á otras divinidades. A éstas les piden diversas gracias, ó sobre todo que les sea dado morir en las márgenes del Ganges. Para tener propicios á los demás dioses, pintan sus imágenes en el suelo y les ofrecen flores, pidiendo que sus esposos y parientes las traten con humanidad, plegaria que consideran la más importante de todas.

En la India, las muchachas se casan á los ocho años. Entonces dejan la casa de sus padres para vivir en la de su marido, pues la mujer indiana nunca tiene casa propia, y cuando su ingreso en la nueva familia no es bien recibido, tienen que sufrir penalidades sin cuento.

Además, cuando fallece el marido se echa la culpa de eso á la mujer, que en castigo debe permanecer viuda por toda su vida. En otros tiempos, cuando echaban los niños á los cocodrilos, las mujeres indianas tenían que ir á la hoguera funeraria de su esposo para arrojarse en ella, á fin de que los espíritus de los esposos siguieran juntos. Esta costumbre también ha sido abolida; pero todavía no ha mejorado mucho la suerte de las viudas jóvenes, pues éstas siguen recibiendo las injurias y los malos tratos de sus parientes. Como se ve, en la India vale más ser varón que mujer.

Los indianos pobres habitan en humildes chozas, y los ricos poseen excelentes casas. En ellas, una de las piezas más importantes es el templo de la familia. Los pisos suelen estar llenos de basura, pues por ellos andan sueltos los perros y las gallinas; los cuartos son obscuros, y el jardín en que las mujeres y niñas pueden pasear está cercado por muros tan altos que no es posible ver nada de lo que pasa fuera de él.

En Rusia.

Los niños y niñas de Rusia se distinguen por la dulzura de su carácter. Alegres y juguetones, soportan bien las bromas y rara vez riñen entre sí.

Cuando el extranjero los encuentra en la calle por primera vez en invierno, podría tomarlos por cachorritos de oso. Porque durante la mitad del año es invierno en Rusia, y el frío en tan intenso, que nadie puede salir al aire libre sino cubierto de pieles y con todo género de precauciones. Las niñas se envuelven en abrigos con capuchas; los muchachos usan largos y fuertes sobretodos y se cubren la cabeza con gorras de piel de foca que les cubren las orejas; y tanto los niños como las niñas usan botas de caña, que á veces les llegan hasta las rodillas. Si no estuvieran suficientemente arropados, se les helarían las yemas de los dedos y la nariz. Esto sucede en ciertas ocasiones, á pesar de todos los cuidados, y entonces la pobre nariz, que se ha puesto enteramente blanca y de color mortecino, debe ser frotada vivamente con nieve para que la circulación se restablezca; y, de no hacerlo así, se caería. En el interior de las casas rusas hace siempre calor, por más baja que sea afuera la temperatura, porque las habitaciones tienen dobles ventanas y enormes estufas. Las primeras están hechas de modo que una se abre al exterior y la otra al interior. Durante el invierno, ambas permanecen herméticamente cerradas, y los cuartos se ventilan por medio de *vasistas*, es decir, de cristales en forma de postiguillos que pueden abrirse á voluntad. Cuando una de ellas deja entrar el aire frío éste congela el vapor de agua dentro de la habitación y cubre de copos de nieve y escarcha los libros, muebles y demás objetos.

Las enormes estufas de ladrillo llegan casi hasta el techo, y la gente rica las tiene encendidas día y noche. En la cabañas de los *mujiks* ó campesinos, donde la gente menuda vive con la familia y los perros gozan los mismos privilegios, la parte alta de la estufa es un lugar predilecto de los niños, y cuando no se colocan allí, lo hacen en tarimas ó tablas colgadas de las paredes.

Una de las cosas que llaman ante todo la atención en una casa rusa es el *samovar* ó tetera, que nada tiene de particular en su parte exterior, pero que contiene un cilindro de carbón encendido para mantener el agua en la temperatura de ebullición todo el tiempo que se quiera. A los niños rusos les gusta el te tanto como á sus padres, y no parece importarles que esté demasiado caliente. En lugar de servirlo

Niño ruso.

len á trabajar en los campos, porque entonces todos los momentos son valiosos si quieren recoger abundante cosecha.

La gente del campo hace una vida muy activa, y pocos de nuestros labriegos se contentarían como los rusos con pan de cebada y berzas, que guardan para el invierno después de haberlas preparado debidamente.

Algunas muchachas campesinas se dedican al servicio doméstico, y las criadas de las familias rusas tienen una figura más elegante que las de otros países. Usan faldas de algodón blanco, bordadas con hilo carmesí y sobrefaldas cortas estriadas, debajo de delantales verdes de bayeta atados á la cintura, siendo el color de aquéllas rosa, verde escarlata ó magenta. Además de esas prendas, tienen una falda blanca planchada, y completan su

en tazas, como hacemos nosotros, los rusos lo echan en luengos vasos con rajitas de limón, que flotan en la infusión, y un pedazo de caña de azúcar en un platillo aparte.

Durante el invierno el patín constituye el principal pasatiempo y el hielo sirve para más de un campeonato. El muchacho á quien se permite guiar un trineo, con los pies cuidadosamente abrigados y metidos en grandes botas de caña y la cabeza cubierta casi enteramente por una gruesa gorra de piel, se muestra rebosante de orgullo y satisfacción.

En verano el calor se siente tan intensamente como el frío en invierno; y los niños pasan todo el tiempo que pueden al aire libre. Al apuntar la aurora, las aldeanitas sa-

Niño circasiano.

indumentaria adornándose con collares de cuentas rojas en el cuello.

En Samarcanda hay muchachos bailarines llamados *batchas*. A los europeos les parecen sus bailes pesados é inexpresivos, pero entre ellos gozan de gran popularidad.

Como fácilmente puede colegirse por su inmensa extensión y numerosas tribus que la habitan, Rusia contiene muchas clases de gente menuda, algunas de las cuales son muy agradables. Citaremos los niños de los *kalmukos*, tribu asiática de las estepas, en los montes Altai. Los *kalmukos* son célebres por sus magníficos caballos, que poseen en número incontable. Enseñan á sus niños á cabalgar desde muy temprano, en barras de madera que atraviesan sobre sus cunas, de suerte que las criaturas aprenden á estar á horcajadas antes de valerse de sus propios pies. A los doce años, y muchas veces antes, son jinetes consumados; pero muchos quedan estropeados á causa de las caídas que han recibido durante el aprendizaje de la equitación. En esta tribu las muchachas trabajan en el campo efectuando casi todas las labores.

Los circasianos, que viven al pie de las grandes montañas de donde reciben su nombre, son una raza famosa y los niños se distinguen por su bravura é intrepidez. El traje nacional es muy pintoresco: figura entre las prendas más notables la *tcherkesska*, especie de casaca larga con mangas que de ordinario se echan á la espalda, y que está lujosamente bordada y sujeta al pecho por un gran número de botones de hilo tejido. Sobre las sandalias usan polainas de paño ó cuero también bordadas, y se cubren la cabeza con un *papach*, gorra redonda de piel de carnero con un remate de paño.

El invierno es muy crudo, especialmente para los niños del campo, en esa vasta región. El alimento escasea, y á veces falta el combustible para la estufa; de modo que los pobres se entumecen de frío. Pero, á pesar de eso, son gente alegre, porque ríen y cantan en vez de llorar, tal vez porque las lágrimas se les helarían antes que pudieran enjugarlas.

Unicamente en invierno, cuando no pueden trabajar en sembrados, asisten á la escuela algunas de las niñas campesinas. Cuando para ello tienen que recorrer grandes distancias, y les es difícil volver á su casa todas las noches, les está permitido quedarse en la escuela, y entonces sus padres les envían cierta cantidad de pan de avena y de berzas conservadas á la usanza del país, de suerte que puedan alimentarse durante una semana. En algunas escuelas aprenden cosas muy útiles, como avicultura, jardinería y varios oficios. Por regla general, un solo maestro basta para treinta discípulos, pero el orden en las clases es excelente y apenas se oye queja alguna. Los encajes que hacen las muchachas son á veces lindísimos, cosa que no debe maravillarnos pensando que bien pueden obtener sus modelos de las figuras que la escarcha dibuja en los cristales de las ventanas y de las que forman los árboles desnudos sobre el fondo del cielo.

En Inglaterra.

Puede decirse que los niños ingleses forman campo aparte. Hay en su educación y manera de ser peculiaridades que los hacen inconfundibles.

Desde pequeñitos, se acostumbran á vivir más ó menos independientes de la cariñosa tutela de los padres, que en otros países acompaña á los niños, aun cuando se hayan hecho hombres.

En las casas inglesas, por medianamente acomodada que sea la familia, existe un departamento especial para los niños, la *nursery* ó nodrizería, en donde los pequeños ingleses pasan el día entregados al cuidado y vigilancia de las niñeras. La pintura ha popularizado la visión de esos chicuelos rubios y coloraditos, que rebosan salud por todos los poros.

Los padres ingleses son muy partidarios del aire libre como elemento favorable al desarrollo y conservación de la salud; y por eso, hacen que todos los días sus hijos sean sacados á pasear á los parques y jardines, que, hermosos y bien cuidados existen en todas las ciudades de Inglaterra. Aun los niños de los más humildes obreros pueden gozar de esparcimientos y juegos en los jardines públicos.

Las familias ricas, prefieren educar á sus hijos en sus propias casas, hasta que llegan á la edad de mandarlos á los aristocráticos colegios que en el país abundan; para los niños menos favorecidos por la fortuna, hay muchas escuelas, y también muchos establecimientos de enseñanza de oficios manuales ó de preparación para las carreras científicas.

En las escuelas inglesas los niños son bien tratados, y hasta se proporciona comida á los más pobres, ó á los que, por la distancia de sus casas, no pueden ir á almorzar con sus padres.

Muchos muchachitos ingleses se enrolan todos los años para formar parte de las tripulaciones de los innumerables buques de comercio y de guerra, que tiene esa nación. Principian desempeñando los puestos más humildes, y á veces logran llegar á puestos de importancia á fuerza de seriedad y de trabajo. Como que son educados sin temor al aire, ni al sol, ni á la lluvia, en los pequeños ingleses se desarrolla desde la más temprana edad la afición á los juegos que ellos llaman *sports*, y que ahora se han difundido por todo el mundo. En los alrededores, y aun en el recinto de las mismas ciudades, se ven canchas de juegos, en que millares de niños, jovencitos y hombres se ejercitan en el *foot ball*, el *lawn tennis*, el *cricket* y muchos otros juegos. Los ríos tam-

bién se ven surcados por centenares de botes, lanchas y otras embarcaciones de diversas formas y tamaños, tripulados por hombres de todas edades y condiciones, pues ni los años ni la fortuna quitan al inglés sus aficiones deportivas, adquiridas durante la infancia.

Las niñas inglesas hacen una vida semejante á la de los niños. Hay muchos establecimientos en que se practica el sistema que se llama *común*, esto es, que á ellos pueden asistir juntos niños y niñas. Las niñas participan frecuentemente en los juegos de los niños, por peligrosos y arriesgados que sean.

Seguramente, habrán ustedes oído hablar de los *bry scouts*, palabras inglesas que quieren decir muchachos exploradores. Los *bry scouts* son niños, cuyas edades fluctúan de los siete ú ocho hasta los quince ó diez y seis años, que se organizan en regimientos, y, dirigidos por sus maestros, hacen exploraciones por el campo, como si fueran soldados que van á la guerra.

Llevan sus tiendas de campaña, ellos mismos se preparan los alimentos, se componen las ropas, etcétera. Así, aprenden á valerse por sí mismos, y se acostumbran también á la vida de campamento, á las exigencias y molestias de la vida del soldado, lo que puede serles muy útil si algún día les llega la ocasión de defender á su patria.

Cualquiera creería que los niños ingleses han de ser muy serios; son serios, pero su seriedad no quiere decir que no sean afables, joviales, y cariñosos con sus padres y personas de su familia. Entre ellos, se forman amistades estrechas, que á veces duran toda la vida. Por eso se ha dicho que cuando se tiene un amigo inglés, se tiene un amigo verdadero.

En sus juegos, los inglesitos y las inglesitas aprenden á ser en todo momento leales. Cuando pierden una partida de *foot ball* ó de *lawn tennis* no se enojan ni miran con envidia á sus vencedores; los felicitan con toda sinceridad y se preparan con mayor empeño á la próxima lucha, para obtener el triunfo.

En Inglaterra, los días de fiesta, casi todas las familias salen al campo, y llevan á sus niños; pero la fiesta que con más ansiedad esperan éstos, es la de Navidad, el 25 de diciembre. Ese día, tienen que recibir obsequios, juguetes, bombones, libros ilustrados, etc.; y no hay inglés, por pobre que sea, que no haga algún regalo á sus hijos; y por si acaso hay gentes tan pobres que no puedan hacerlo, existen sociedades de personas generosas que reunen fondos para dar á esos pobres juguetes para sus hijos. En la Noche Buena, que en Inglaterra cae en pleno invierno, cuando la nieve lo cubre todo, las familias se reunen en casa de los abuelos, y en esas reuniones los niños forman la nota más simpática y risueña.

Los ingleses tienen un refrán que dice que el niño es el padre del hombre, y por eso, para formar hombres dignos, patriotas y fuertes, dan á sus hijos una educación que sirve de modelo en muchas cosas.

En Alemania.

Los niños alemanes ofrecen, como caracteres distintivos, la aplicación, la laboriosidad y la bondad de sentimientos, junto con un temperamento robusto: su trato es encantador; y la ordenada compostura que se advierte en sus modales, á la vez que el deseo de aprender, llenan de alegría el corazón de sus maestros.

En Alemania se considera una de las obligaciones más serias asistir á la escuela. Los extranjeros que visitan por primera vez ese país y salen á dar un paseo en las primeras horas de la mañana se quedan sorprendidos al ver el considerable número de niños que encuentran á su paso cargados con carteras oblongas donde llevan sus libros y su merienda. Luego que salen del *Kindergarten*, del que hablaremos en breve, los niños y las niñas se educan en distintos colegios. Las mujeres no estudian las mismas materias que los varones, y cuando han terminado su instrucción en el colegio procuran aprender el arte de la cocina y otros quehaceres domésticos.

Personas de gran autoridad explican el engrandecimiento de Alemania por la gran importancia que en ese país se da á la primera enseñanza. Con frecuencia se ve que un pobre trabajador alemán se sacrifica, año tras año, limitándose á satisfacer sus necesidades más apremiantes, á fin de que sus hijos estudien alguna carrera, no obstante saber que en ella tal vez ganarán menos dinero que si se dedicaran al comercio. En Alemania la instrucción primaria es obligatoria, y los padres no solamente no se oponen á que los niños asistan á la escuela, sino que se muestran agradecidos al Estado por sus resoluciones en el sentido de que los alumnos salgan bien instruídos, sometiéndolos á exámenes mensuales y cuidando también de que su salud no sufra menoscabo.

Un niño alemán despierta grandemente la curiosidad. Por espacio de dos meses después de su nacimiento vive metido en un *steckkissen*, es decir, en una larga bolsa, adornada de cintas, encajes y bordados de seda, la cual le impide mover las piernas, si bien le deja enteramente libres los brazos. Las criaturas permanecen en casa sin salir al aire libre durante varias semanas, porque sus amas de cría ó nodrizas temen el efecto de la más ligera brisa en sus delicados rostros.

Los niños de familias ricas ó medianamente acomodadas pasan sus primeros días en un *Kinderstube*, cuarto amplio y bien ventilado que sirve de habitación á los recién nacidos durante el día y la noche.

Los niños alemanes comienzan desde temprano á aprender, y son

Niños alemanes llevando a su casa el árbol de Navidad.

muy bonitas las cosas que saben hacer con sus deditos. Una de las primeras labores que se enseñan á las niñas, es la de hacer media, y sus madres las acostumbran á considerar á sus agujas como las mejores amigas que pueden tener en el mundo, ingeniándose además en estimular su actividad con curiosos artificios. En lugar de devanar la lana hilada alrededor de un trozo de cartón, suelen poner como principio del ovillo con que va á hacerse un par de calcetines, algunas monedas recién acuñadas, una figurita de pasta, ó bien algún dulce duro envuelto en papel plateado. Las niñas, al comenzar á hacer las medias, saben que cuanto antes acaben el ovillo tanto más pronto podrán ser dueñas del tesoro que contiene, y así trabajan sin cansarse y su tarea les parece un juego.

Muchos de los lectores deben haber oído hablar de los *Kindergarten* y de los juguetes empleados en ellos: *Kindergarten* significa «jardín de niños»; y una de las cosas dignas de visitarse en Berlín es la *Casa de Pestalozzi y Froebel*, donde los niños reciben la primera instrucción en la forma más encantadora que puede imaginarse. Si los padres son muy pobres, basta que paguen medio marco al mes por la instrucción de sus hijos, y nunca se les impone una paga mayor de tres marcos.

A fin de hacer las lecciones interesantes, no se omite medio ni sacrificio alguno.

Tampoco se permite que los niños tengan hambre en la escuela; y cuando llega la hora de la merienda se les da una rebanada de pan de centeno; y por la pequeña suma de diez *pfenning* pueden comer bastante bien.

Los chiquillos de familias bien acomodadas comen cinco veces al día, por lo que siempre están rollizos y sonrosados.

En los distritos montañosos se acostumbra patinar con *skis* y resbalar por las pendientes con *tobogan*. Además, en casi toda Alemania se juega al *tennis* y al *cricket* lo mismo que al *foot ball*. Los ejercicios gimnásticos son también muy populares, y las excursiones á pie constituyen un gran recreo para los niños. El clima, que no es muy extremoso, se presta para diversiones al aire libre.

Los niños de este país se divierten extraordinariamente oyendo relaciones fantásticas y cuentos de hadas. Muchos de los cuentos de ese género que conocemos proceden de Alemania, patria de Juan Andersen, el príncipe de los autores de cuentos para niños, y del no menos celebrado Grimm.

Alemania es el país de los juguetes y de allí proceden la mayoría de los automáticos, así como los aparatitos con mecanismo de relojería. Por extraño que parezca, estos juguetes no son los que más divierten á los niños alemanes, que prefieren los de madera toscamente tallada.

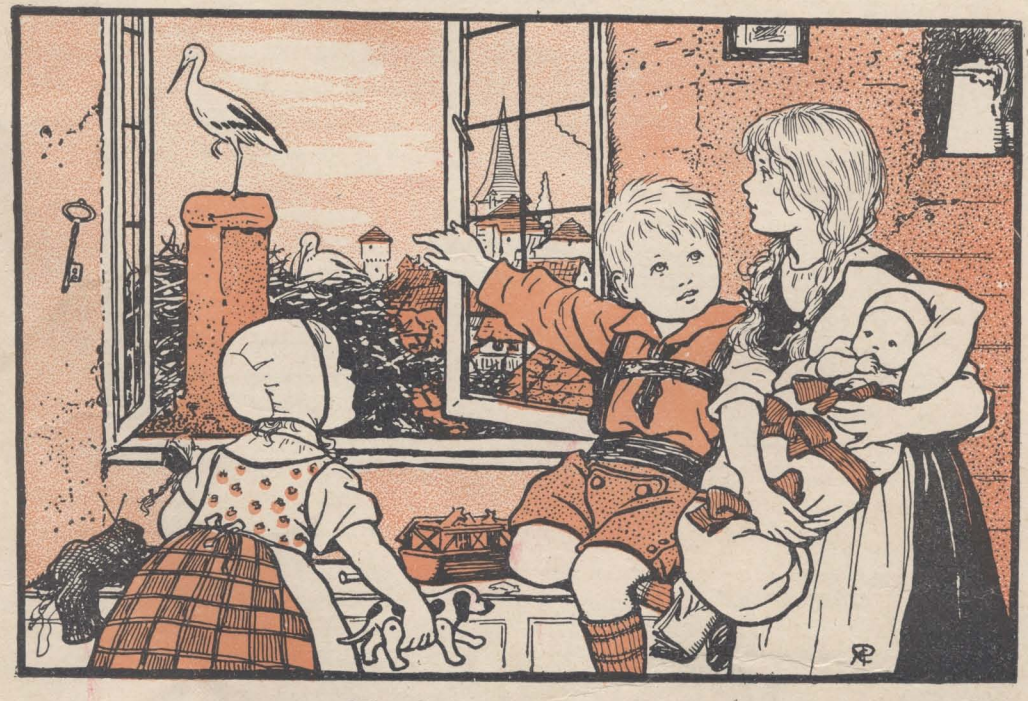
El día de Reyes colocan sus zapatos, como suele hacerse en otros países, para recoger en ellos los regalos que les lleva Santa Claus, y en Navidad tienen la costumbre de adornar un lindo árbol con velitas, farolillos, juguetes y chucherías.

No hay en Alemania una familia

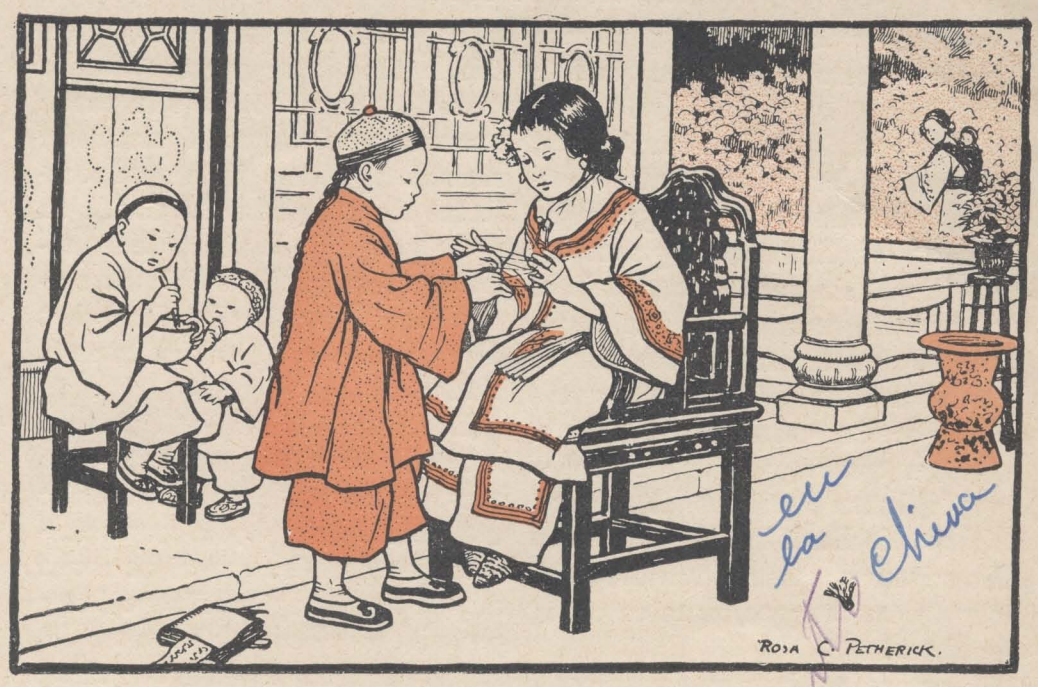
tan desheredada que no tenga su árbol de Navidad, aunque sólo sea un arbusto plantado en rústica maceta y adornado con pedacitos de oropel y nueces doradas. Durante semanas y semanas se puede ver ese árbol en la ventana de las casas pobres, y cuando al fin se le despoja de todos sus tesoros, lo plantan en el jardín para que preste el mismo servicio el año siguiente.

En la gran fiesta de Navidad no hay niño que quede desatendido. Si sus padres son demasiado pobres y no pueden comprarle regalos, lo hacen saber así á sus maestros, quienes llenan esa necesidad valiéndose de fondos especiales, de modo que todos puedan tener sus *Pfefferkuchen*, especie de galletas de jengibre de que gustan mucho los niños, y los pastelitos de Navidad ó *Weihnachtskuchen*.

Los aldeanos usan todavía el traje nacional de otros tiempos en los distritos alejados del ferrocarril, y son admirables los tocados y las enormes gorgueras que llevan las mujeres y las niñas. El adorno de la cabeza se parece á menudo á grandes canastillas de flores; y las mangas, blancas como la nieve, que forman las delicias de las campesinas, resaltan agradablemente sobre las telas de los bordados corpiños.



Mirando el nido de la cigüeña.



Juegan a la *cunita*.

En la China.

Uno de los países más interesantes es la *Tierra de las flores*, la China, porque la población amarilla que allí vive en número tan considerable no se parece á los habitantes de las demás regiones del globo. Dícese que la China es la nación más antigua del mundo, y sus costumbres han cambiado muy poco en el curso del tiempo.

En la China, los recién nacidos son bien recibidos, si son varones; pero no sucede lo mismo con las pobres niñas, que en ciertos puntos son arrojadas al agua.

Cuando alguna niña tiene otras hermanas mayores, su nombre suele ser *Kai Tzu* (que significa: debía haber sido muchacho) y los nombres de sus hermanos suelen ser por el estilo: designan lo primero que ha atraído la atención del padre, al nacer el pequeñuelo. Si por la calle pasa rodando con estrépito un carro, el recién nacido tomará el nombre de ese vehículo, ó también, se le da el nombre del animal que se supone pertenecer al año de su nacimiento. Cada año en un ciclo de doce, tiene dedicado un animal diferente; y no es raro observar que los niños chinos respondan á nombres tales como *perro*, *gato*, *mono*, y así sucesivamente. A

veces se los denomina simplemente por el número de orden en que han nacido.

Sean muchachos ó muchachas, sus madres los echan á perder siempre al dejarlos hacer lo que quieran. Se los alimenta tan pronto como lloran, sin que importe nada el número de veces que hagan eso; y cuando pueden arrastrarse por el suelo, se les permite mordiscar todo lo que les cae á la mano, desde patatas crudas y rajas de melón verde, hasta el mango de la pipa del papá. En Shan se permite á las criaturas aspirar el terrible opio, que tantos estragos causa en el organismo.

Las casas chinas no tienen nada que las haga atrayentes, y están edificadas con frecuencia en terreno húmedo. Las de los pobres carecen de puertas bien ajustadas; y sus ventanas, de papel, no las preservan de la lluvia ni del polvo. En Kang, una región del norte, las casas están provistas de estufas en forma de arquetones, adosados á la extremidad de la pared, y se las calienta con carbón; y la familia duerme sobre la estufa, cuando las noches son frías. En otras partes del país la chimenea se reduce á un montón de troncos encendidos colocados en el centro del piso desnudo, y la principal ocupación de los niños consiste en recoger combustible para el hogar. Ni la ramita más insignificante se deja perder, y la hierba seca sirve cuando no hay leña. En esas pobres viviendas la comida se prepara en una gran olla, de modo que sólo puede hacerse un solo plato. Y cuando se necesita agua templada para recalentar el arroz que se ha cocido en grandes cantidades á fin de economizar combustible, hay que comprarla en alguno de los despachos de agua caliente que abundan en la ciudad.

Las casas chinas de las clases acomodadas ofrecen un aspecto muy pintoresco. El patio exterior está cercado de altos é impermeables muros en los que se abre una amplia entrada; pásase luego á otro patio interior donde la vista tropieza con macetas de lirios amarillos, arbustos en flor y pintadas camelias. La entrada del recibidor es de ordinario muy alta, y esta pieza está separada de las que sirven de habitación á la familia por una cancela finamente tallada con soportes que sostienen pesadas cortinas de seda. En uno de los muros de la antesala, y en los otros dos, que sólo llegan hasta la mitad de la altura que hay del piso al techo, se abren ventanas guarnecidas de papel, aunque en algunos casos las hay de cristal. El cielo-raso es también de papel, y las puertas que conducen á las largas y estrechas piezas situadas al lado de la principal no tienen picaportes ni cerraduras. Los muros exteriores están hechos de delgadas tablas de madera, que en verano se agrietan de-

jando entre sí anchas aberturas. Sobre ellas se alza el tejado sostenido por pilares de madera. Estos descansan en bases de piedra y parecen más sólidos de lo que son en realidad. Cuadritos con asuntos dibujados con tinta penden á menudo de la parte superior de los muros debajo del alero, y los remates de los pilares se hallan recargados de adornos dorados. El mueblaje es pobre aun en las casas de la familias bien acomodadas. El piso está cubierto de estera, y apenas contienen las piezas una mesa y algunas sillas de madera pulida, y una cama de bambú. No siempre se usan camas; pero cuando las hay, la almohada es también de bambú y suficientemente grande para apoyar en ella el cuello. Por todas partes se halla en la China el bambú, y con sus fibras se fabrica el papel que usan los niños para dibujar en la escuela; y, en el tiempo que tienen libre, con las raíces de la misma planta esculpen figuras fantásticas ó bien pliegan sus ramas y tejen con ellas canastillas, jaulas é instrumentos de pesca.

Los niños de la China carecerían de juguetes si ellos mismos no se los hicieran, porque los que se venden en las tiendas son escasos y toscos. Las muchachas se divierten, como es natural, con sus muñecas, pintadas de vivos colores, y con otros objetos brillantes de tela y papel. Tienen casitas hechas de greda y cañas; y con trozos de bambú construyen rompecabezas y acertijos.

Sus juegos carecen de animación; uno de los más populares consiste en arrojar trozos de teja á una raya; otro es una especie de escondite, y otro es de la «cunita», conocido en todo el mundo, y que consiste en las figuras y combinaciones que resultan al entrelazar en las manos y los dedos un cordón atado en sus extremidades.

Los niños chinos, lo mismo que sus padres, soportan las penalidades con impasibilidad, pero no se distinguen por su resolución y tienen miedo de encaramarse á los árboles. Cuando un muchacho quiere insultar á otro no le llama cobarde y traidor, sino que denigra á sus antepasados por haber sido hombres vulgares; y, como desde la niñez se los enseña á disimular sus sentimientos y á fingir, nada extraño es que no comprendan nuestras ideas acerca del honor.

En la parte oriental y occidental de la China está todavía en boga la terrible práctica de comprimir los pies de las niñas. Las infelices sufren un tormento doloroso al andar, especialmente cuando se les atan los vendajes por la noche y al día siguiente por la mañana; y, á fin de que no turben la tranquilidad de la familia con sus lloros, se las pone en una casita separada. Gracias á la influencia de las mujeres europeas, que han iniciado allí una

Los niños de China.

campaña contra tan bárbara costumbre, ésta va desapareciendo poco á poco.

Las clases de las escuelas chinas principian mucho antes de mediodía, y los niños regresan á la casa para tomar el almuerzo. Lo que se propone el padre cuando instruye á sus hijas es el beneficio de la familia de su yerno y no el de su propia hija. Así que, por lo general, las niñas aprenden poco ó nada, á no ser que asistan á alguna escuela misionera. Los niños empiezan á educarse cuando tienen cinco ó seis años, aprendiendo de memoria series de cuentos morales que los enseñan á venerar á sus antepasados, á temer al Emperador, á obedecer á sus padres, etc.

Los chinos no tardan en contraer matrimonio y reinan entre ellos las costumbres más curiosas. La novia es elegida por los padres del novio, que envían á los de aquélla una cantidad de dinero, equivalente á lo que se supone valer la muchacha, y ésta, mientras no tenga hijos, es esclava de su suegra.

El vestido que usan los niños y las niñas es casi el mismo: consta de una amplia chaqueta y pantalones también excesivamente holgados, que se atan al tobillo. Su principal alimento lo constituye el arroz, que, como todos los demás manjares, comen valiéndose de dos palillos de bambú. Todo el mundo en la China toma te, pero sin miel ni azúcar.

En ese país está generalizada la creencia en los espíritus buenos y malos. La gente madura imagina que, cuando hayan fallecido, sus hijos y sus nietos dulcificarán su existencia en la vida de ultratumba dirigiéndoles plegarias y haciéndoles obsequios; y en eso consiste la *Veneración de los difuntos*, tan común en todo el país. Cuando alguno carece de descendencia, suele adoptar niños de otra familia á fin de que éstos le presten el servicio antes mencionado, y la veneración y obediencia á los padres es una de las primeras lecciones que aprenden las criaturas.

En Suiza.

En el corazón mismo de Europa, á modo de joya incrustada en rico y artístico engaste, está situado el pequeño estado de Suiza, país tan bello y pintoresco que los extranjeros, al verlo por primera vez, se sienten inclinados á frotarse los ojos y á preguntarse si no están soñando. Por las abiertas ventanas se les presentan altísimos picos cubiertos de nieve, que deslumbra con su blancura al reflejar los primeros rayos del sol, y tal vez teñidos aún por los rosados matices de la aurora, mientras las corrientes que brotan de sus alturas se precipitan por las faldas de las montañas en torrentes de purísimo cristal. Los lagos que esas corrientes alimentan son de un color azul tan puro como el del cielo ó de un verde tan intenso como el del mar, y las flores que abren sus corolas en las praderas alpinas sobrepujan en belleza á cuantas en otras partes produce la madre Naturaleza.

Los niños de Suiza aman las flores de tal modo, que se asombran al ver á los extranjeros manosearlas rudamente ó tirarlas después de haberlas estrujado entre sus dedos. Se los enseña á creer que todas las cosas que viven tienen derecho á que se las proteja, y ni siquiera les pasa por la imaginación destruir un arbusto ó una planta florecida, ni arrancar los frutos antes de madurar.

Sus maestros fomentan constantemente en ellos el amor á las flores, y en verano se ven frecuentemente grupos de alegres niños provistos de un bastón de alpinista emprendiendo, bajo la dirección de su maestro, una jira exploradora por la falda de la montaña, en busca de alguna planta rara. Los niños más ricos van acompañados de un guía y hacen largas excursiones para volver á casa trayendo en triunfo algún ejemplar raro de flor alpina y ramilletes de gencianas azules, de las que se crían en los límites de las nieves eternas.

Los alegres escolares llevan á menudo á la espalda mochilas que contienen una manta de viaje, un impermeable y buena provisión de sandwichs, por si alguna tempestad los obliga á buscar refugio en las cabañas construídas al efecto por los montañeses.

En tales alturas las alteraciones atmosféricas son siempre terribles; nosotros no podemos formarnos idea de la magnificencia con que

resuenan allá los truenos, repercutiendo de pico en pico, como el cañoneo de una plaza sitiada, mientras los relámpagos tienden su cortina de fuego por el horizonte y el viento brama furibundo. Lo único que cabe hacer entonces es esperar que se restablezca la calma, que vuelve á veces en pocas horas.

Comienza la escuela muy temprano en muchos cantones suizos, á las siete en verano y á las ocho en invierno, sin que se tenga para nada en cuenta las distancias que deben recorrer los escolares. Los niños ricos asisten con la misma puntualidad que sus compañeros pobres, lo cual contribuye á que reine entre unos y otros el mejor compañerismo.

Hay muchas escuelas de las llamadas «técnicas», en las que las niñas de la clase trabajadora aprenden á bordar y á tejer diferentes clases de encajes, desde las variedades más ordinarias hasta las más delicadas. También se enseña en Zurich á trabajar la seda, mientras en Ginebra los muchachos aprenden á ser relojeros y en Meringuen á tallar madera. Hay granjas-escuelas en los distritos rurales, y durante el invierno se dan conferencias sobre el cultivo de la vid y la cría del ganado, etc. Los muchachos campesinos de todas las edades asisten á ellas y desde que comienzan á trabajar para ganarse el sustento proceden con inteligencia, por lo mismo que se han preparado para ello, mientras los de otras naciones sólo piensan en sus juegos.

Dícese que Suiza es uno de los países más pobres del globo, pero en él ningún niño pasa hambre, aun en las grandes ciudades. Se han establecido cocinas escolares, en las que los muchachos que tienen que recorrer largas distancias, ó cuyos padres carecen de recursos para facilitarles la comida necesaria, pueden obtener por lo menos una buena comida diaria.

Su principal alimento son las patatas y el queso, y aun en las clases acomodadas no se considera la carne como una necesidad.

En los distritos cuya industria principal es la cría de los ganados vacuno y lanar, abunda la manteca y se hallan con facilidad buenos quesos, leche fresca y crema, de modo que los niños van á la escuela muy contentos después de haberse desayunado con leche y pan de maíz, ó con una rebanada de pan con manteca. La comida suele ser un plato de patatas con leche desnatada, seguido de una taza de café, y la cena consiste en lo mismo que el almuerzo. Los domingos puede haber además un plato de fritura dulce ó de quesitos preparados de una manera especial con crema, y rara vez faltan las frutas.

Los perales que crecen frente á los *chalets* cubren á menudo los muros de la vivienda con su blanca floración primaveral, y más tarde proveen de abundante cosecha

Deporte de invierno en Suiza.

de peras para el invierno. En el otoño se ve muchas veces á mujeres y niñas vestidas con el traje del país (que consiste en manteos de tela fuerte y color obscuro atados á la cintura, camisetas blancas como la nieve y tocados de extrañas formas), ocupadas en abrir y secar el dorado fruto. Mientras trabajan, acompañan la faena con cánticos alegres, y sus voces son tan dulces, que hasta los pájaros cantores podrían envidiarlas; gozan en esa estación del año tanto como en la primavera, aunque muy pronto la helada comienza á hacer sentir sus efectos desde las alturas de las montañas amenazando con el terrible alud que suele aprisionar y sepultar también en el fondo del valle á los habitantes de esa región accidentada.

Para nosotros apenas tiene significación la palabra «alud», y á lo sumo nos da la idea de una mole de nieve que se precipita por la pendiente de una ladera; pero para los suizos el alud es un monstruo terrible, que les causa más pavor que todos los espectros y genios ocultos en las profundidades de los ventisqueros y hendiduras profundas de la nieve. Los que acostumbran trepar á los Alpes, más de una

vez se han visto arrollados por el alud, que en su ímpetu barre á veces las casas y las iglesias, sin dejar tras sí más que una rasa extensión de nieve. De modo que las vertientes de las montañas vienen á ser más bien enemigos que amigos del hombre, pero éste las ama á pesar de todo.

Cuando llega el invierno, los pastores buscan refugio en los valles, huyendo de las heladas y de los furiosos vientos que soplan en las alturas; y hasta que no vuelve la primavera y se funde la nieve y el hielo de las partes más bajas, no llevan el ganado á las regiones más altas. A veces tienen que caminar durante dos días para llegar á los puntos en que deben pastar los animales, pero cada paso que dan los llena de alegría. Los muchachos que tienen edad suficiente para ayudar al pastoreo se vuelven locos de alegría. Han estado aguardando la llegada de ese gran día desde que apenas podían andar, y sus hermanas y madres salen á la puerta de las viviendas á presenciar la partida de los rebaños. Estos conocen tan bien como sus dueños las delicias de la libertad; y la res que va delante sirviendo de guía manifiesta en su modo de andar y en su aspecto que presiente la perspectiva de sabrosos pastos. Todos los que viajan por Suiza conocen la tonada del *Ranz des Vaches*, con que el pastor llama al ganado cuando llega la hora de ordeñar. Es admirable cómo una garganta de muchacho puede producir un sonido tan poderoso y sostenido, con sus alternativas de tono, á fin de reunir á los animales dispersos.

En algunas regiones de los Alpes se reune el ganado haciendo sonar una gran bocina, de seis pies de largo, y la hora de ponerse el sol la señala á menudo el himno de la tarde cantado por el pastor, que entona las primeras notas de algún salmo conocido, mientras los nevados picos se tiñen de encendida escarlata y el cielo parece un trono de gloria. Todos los que oyen ese canto se descubren y arrodillan en silencio, mientras las sombras se condensan y la noche avanza á prisa. Allá, en el fondo de los valles, las madres cantan para arrullar á sus hijitos, y las criaturas se quedan dormidas junto al pecho maternal al sonido de dulcísimos cantares.

He aquí las estrofas de una de las más hermosas de esas canciones infantiles:

«¡Duerme, niño, duerme! Tu padre
[apacienta el ganado;
Tu madre sacude las ramas del arbolito,
Un delicado sueño cae de su ramaje para ti.
¡Duerme, niño, duerme!»

«¡Duerme, niño, duerme! En los cielos
[pastan los rebaños;
Las estrellas son los corderitos;
La luna es el pastor,
¡Duerme, niño, duerme!»

Los muchachos suizos se distinguen por su intrepidez, y aun cuan-

do tengan que caminar solos en la noche obscura, oyendo los mil rumores que el viento causa en los bosques de pinos, como si fueran los lamentos de un espíritu atormentado, nunca vuelven la cabeza ni huyen.

Esos muchachos son tan despejados y laboriosos como afables y valientes. No disponen de mucho tiempo para juegos, pero se divierten con tanto entusiasmo como trabajan, y á ejemplo de los niños del Japón, conocen el secreto de aguantar las bromas y las riñas sin entristecerse ni guardar rencor. Entre sus deportes nacionales mencionaremos los que consisten en levantar pesadas piedras, la lucha y el asalto. En invierno siempre hay lugares en que la gente patina con *skis* ó *toboggans*, y hay entre ella campeones tan hábiles como los de Noruega. Un mozo recorre á veces cuarenta millas con sus enormes patines ó se lanza á través del aire desde una pendiente helada, como una flecha disparada del arco, cayendo en el punto que se propuso y partiendo de allí otra vez.

Además, como en pocos países, se cultiva la educación física de los escolares, sometiéndolos á ejercicios y prácticas hábil y metódicamente estudiadas y combinadas para el logro del fin propuesto. Los ejercicios colectivos que realizan, congregándose en algunas ocasiones varios millares de niños, son en realidad admirables por la precisión y uniformidad con que los ejecutan á la voz de mando de sus instructores.

Esta misma afición á la gimnasia, innata en todo suizo, se transforma luego, cuando el niño se hace hombre, en una dedicación entusiasta al tiro al blanco en forma tan generalizada y tan constantemente mantenida, que los hace destacar como los más diestros tiradores del mundo.

FIN

SC
LIJ
C-BPN
2

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

	Págs.
En Holanda.	1
En el Polo Norte.	6
En el Japón.	10
En Nueva Zelandia.	14
En Grecia y en Turquía.	19
En Italia.	23
En España.	27
En Francia.	30
En África.	34
En Noruega.	38
En la India.	43
En Rusia.	48
En Inglaterra.	51
En Alemania.	53
En la China.	57
En Suiza.	62

BIBLIOTECA PARA NIÑ

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.
El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinsón Crusoé.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.
Cuentos de Grimm.
Las famosas aventura Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabant
Niños de todas clases
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres cé
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de l
Gulliver en el país d gantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.
Lecturas escogidas en verso.

BIBLIOTECA SELECT

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.º
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en glo
62. Los Hijos del C Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del C Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millon la Begún.
65. De la tierra a la lun
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de u no en China.
69. Una invernada entr hielos.
70. Veinte mil leguas de submarino.
71. La vuelta al mundo en o ta días.
72. Viaje al centro de la ti